



IMÁGENES AL PASAR: DOS POETAS DEL CHILE ACTUAL

Patricio Jeria Soto¹

RESUMEN:

Se propone, a partir de la poesía de José Ángel Cuevas y Pablo Paredes, repensar el concepto de imagen y ponerlo en relación con la formación de una identidad nacional. Las imágenes se piensan en tanto representaciones de la realidad, pero también como construcciones mentales; es decir, se pone el foco sobre la construcción, reproducción y naturalización de ciertas imágenes que se pretenden representativas de la nación.

Palabras claves: identidad chilena, José Ángel Cuevas, Pablo Paredes, imagen, imaginario.

ABSTRACT:

*IMAGES PASSING BY, TWO POETS
OF CURRENT CHILE*

It is proposed, from Jose Angel Cuevas' and Pablo Paredes' poetry, to think again on the concept of image, and to relate it with the formation of a national identity. The images are representations of reality, but also mental constructions, that is, the focus is on construction, reproduction and naturalization of certain images that are supposedly representative of a nation.

Key words: Chilean identity, José Ángel Cuevas, Pablo Paredes, image, imagery.

1. DONDE ESCUCHAMOS LA 'INTRODUCCIÓN DEL PASEANTE'

Voy caminando por el paseo Huérfanos y trato de fijarme en la mayor cantidad posible de personas; escucho sus conversaciones como fragmentos inconexos que compiten con los ruidos callejeros. En este juego de ver y ser visto y de escuchar sin ser sorprendido, me llama la atención una frase: "*Hay tanta gente y ondas distintas ahora. Antes no era así...*"; la señora de las palabras goza de un lugar privilegiado desde su banco de etnógrafa inconsciente, verdadera observadora participante del tumulto y del tráfico capitalino. Sentada de cara al mar de gente ella puede juzgar todo el perímetro que queda a su alcance, y es cierto: por frente de sus ojos desfila una variopinta fauna urbana. Sin embargo, no es el acierto o el error de su apreciación, siempre subjetiva, lo que mueve a pensar; más bien queda dando vueltas el final de la frase: "*Antes no era así ...*"; ¿qué quiso decir con esto? ¿Por qué ese corte temporal marcado por el 'antes' y el 'ahora'? ¿Qué es lo distinto, la visibilidad o la multiplicidad de esos otros o ambas? Para mí, que siempre he andado metido en esas 'ondas distintas', no me parece nada nuevo ver a miembros de esas, tan sobajeadas, 'tribus urbanas'; es verdad que antes no eran tantos. Es cierto, también, que los espacios públicos se han abierto y están siendo ocupados, cada vez con mayor fuerza, por los jóvenes y sus múltiples 'ondas'. Pero, a mí la extrañeza de la señora del paseo Huérfanos me lleva por otros rumbos; aquí hay un asunto que tiene que ver tanto con la realidad como con la percepción y representación de ésta, primer punto sobre el que ya volveremos. En segundo lugar, ese 'antes' y ese 'ahora' tienen que ver, creo, con el cambio experimentado con la

¹ Jeria Soto, Patricio, Centro Cultural Manuel Rojas, Santiago, Chile.

apertura post dictadura militar; ese Santiago 70'-80', todavía medio premoderno, de mirada estrecha y uniforme, de micros chicas y de colores, vida de barrio y carretas en la Alameda, se diluye hoy en un modelo de país en vías de desarrollo creciente, con una economía pujante y agresiva, con enormes edificios céntricos y modernas carreteras donde no se permiten ni bicicletas, ni carretas, ni vehículos sin su correspondiente tarifa debidamente pagada. Ese proceso de país de los noventa rumbo al siglo XXI, como dice la canción, marca un quiebre en la identidad de sus habitantes.

Ahora bien, afirmaciones tan generales como éstas siempre incurren en el riesgo de no decir nada por tratar de decir tanto. ¿Se quebró la identidad chilena? Si es que así fue, ¿cuándo cristalizó ésta? No es fácil hablar de identidad nacional sin caer en sofismas o en contradicciones. Además, me doy cuenta de que estoy hablando desde ese centralismo que enferma a las regiones. En efecto, hablo desde Santiago y como capitalino, por ahora no veo cómo salvar esa dificultad; por lo menos consta que la asumo como límite. Dejemos a un lado también, aunque sólo sea para retomarla después, la crisis posmoderna de las "identidades nacionales"; ya para nadie es secreto que en una América inserta a fuerza de descubrimiento y conquista en la modernidad europea, es difícil aplicar modelos y sensibilidades posmodernas: la pregunta de cajón es siempre un poco irónica ¿si ahora somos posmodernos, cuándo se supone que fuimos modernos? Por mi parte, para tratar de entender la perplejidad de la señora del banco de Huérfanos, propongo un abordaje del asunto que pasa primero por una analogía con la vida psicológica individual y, en segundo lugar, un desplazamiento a la poesía de un par de chilenos contemporáneos; si puedo tender un puente que una ambas orillas y avanzar por este sendero sin perderme ni enredarlos a ustedes, pienso que lograremos, al menos, cierta perspectiva sobre la identidad de nuestro país y su devenir.

2. DONDE SE HABLA DE LOS NIÑOS, DE LOS ESPEJOS Y DEL PAÍS QUE 'SOMOS'

Se supone, que cuando un niño pequeño se mira en el espejo ocurre un fenómeno curioso: el infante percibe su cuerpo como una entidad armónica sobre la cual ejerce un completo control motriz. Esto quiere decir que desconoce la evidencia física de la descoordinación y del casi nulo control que ejerce sobre su musculatura, ya que es un hecho que la motricidad del niño se va desarrollando paulatinamente a medida que la maduración neurofisiológica lo permite. Este fenómeno, que Lacan llamó 'estadio del espejo', implica que el bebé no puede separar la imagen que percibe de su conciencia de sí; es decir, se identifica con la representación de su figura que le devuelve el espejo. Ahora bien, lo interesante de todo esto es que el 'estadio del espejo' es, según Lacan, una función constituyente del yo; es decir que, al identificarse con la imagen reflejada, el sujeto sufre una transformación que tiene que ver con asumirse en 'una línea de ficción' que, en última instancia, se relaciona con cómo el yo resuelve la discordancia entre su propia realidad y la percepción de ésta. Todo esto, siguiendo a Lacan, determinaría el desarrollo psíquico posterior del individuo; según sus propias palabras: *"Este desarrollo es vivido como una dialéctica temporal que proyecta decisivamente en historia la formación del individuo: el estadio del espejo es un drama cuyo empuje interno se precipita de la insuficiencia a la anticipación; y que para el sujeto, presa de la identificación espacial, maquina las fantasías que se sucederán desde una imagen fragmentada del cuerpo hasta la forma que llamaremos ortopédica de la totalidad –y a la armadura por fin asumida de una identidad enajenante-, que va a marcar con su estructura*

*rígida todo su desarrollo mental*²". Este proceso corresponde a lo que podríamos llamar formación de la 'dimensión imaginaria' de la existencia humana; donde 'imaginario' no es sinónimo de irreal, sino que más bien se relaciona con 'imagen'. Es decir, la identidad del sujeto es, en primera instancia, una imagen auto construida que lo separa de su realidad física. Es importante notar, además, que la propia palabra castellana 'imagen' ha sufrido un desplazamiento significativo y decidor en su devenir semántico que validaría su aplicación en los términos referidos anteriormente; se supone que nuestra palabra imagen, que aparece aproximadamente en el siglo XIII, proviene del término latino '*imago, -ginis*', propiamente 'representación, retrato'. Forma parte, por lo tanto, de la misma familia de palabras que '*imitari*', remedar. Pero, evidentemente, 'imagen' también se vincula con las representaciones mentales que no, necesariamente, tienen que ver con un 'reflejo', 'remedo' o 'copia' de la realidad. Y desde aquí ya podemos conectarnos con el tema de este encuentro: la 'imagen', las 'imágenes' y/o el 'imaginario'; por cierto, tenemos que justificar ese paso desde la construcción del yo hasta el 'imaginario social' que constituye la 'identidad nacional'. Ese paso ya fue dado desde hace un tiempo, y consistió en vincular, analógicamente, la 'identidad imaginaria' del sujeto con el fenómeno producido por la 'ideología'; cabe recordar que la ideología no sólo compete al control político directo, sino que implica una dominación más general que apunta a una concepción particular del mundo, la naturaleza y las relaciones humanas, que se impone hegemónicamente por diversos medios. De este modo, la ideología dominante provee de una armazón coherente a los sujetos descentrados y, en este sentido, garantiza el funcionamiento social apropiado; el precio a pagar, no obstante, es la alienación. Ya Lacan había puesto énfasis en la 'enajenación' producida por la identificación del yo con la 'imagen en el espejo' o el *Ideal Ich*, incluso antes de una determinación social de la identidad. Entonces, propongo presentar el problema en los siguientes términos: ¿En qué medida la identidad nacional se construye en base a 'imágenes'? Y, además: ¿Son ellas un todo coherente, al modo de un imaginario social? ¿Qué precio pagamos por construir esa 'imagen' e identificarnos con ella?

La noción decimonónica de nación en tanto comunidad étnica, lingüística y territorialmente homogénea, ligada al Estado-nación, ha sufrido los embates históricos de nuestro siglo XX; ya es claro que la 'identidad nacional' homogeneizante aplana y encubre la diferencias y atenta contra el espesor cultural de la sociedad. Términos como 'invención de la tradición' o 'nación imaginada' acuñados por los historiadores contemporáneos y aplicados, sobre todo, a los nacionalismos, dan cuenta de este proceso de replanteamiento de la identidad nacional. Pensemos, por ejemplo, en la formación y afianzamiento de las jóvenes repúblicas latinoamericanas durante el siglo XIX y cómo fue que se erigieron las bases territoriales, institucionales y sociosimbólicas de nuestros países. La oligarquía en Chile trató siempre, desde el Estado, de deconstruir las bases económicas, productivas y sociales del orden colonial que impedían el avance de su proyecto modernizador; a la par, el Estado actuaba como agente normalizador de la sociedad y como represor de las conductas anómicas, como el vagabundaje y el alcoholismo. Paralelamente, la elite se embarcó en la creación de una 'mitología nacional', con fechas, próceres, ritos y símbolos que afianzaran la idea de comunidad o, para ser redundantes *ad nauseam*, que reforzaran la 'identidad de la identidad', presentándole al país-niño el espejo donde gozar su imagen unitaria y coherente, reflejada en la tradición institucional republicana ininterrumpida de Chile, por ejemplo. En

² Jacques Lacan, "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica", en Salavoj Zizek (comp), *Ideología: Un mapa de la cuestión*, FCE, Buenos Aires, 2004, p. 110.

todo este proceso el sistema educativo cumplió un rol preponderante, la creación de un aparato educacional público e implementado a nivel nacional es una preocupación prioritaria de la oligarquía chilena del siglo XIX. El sistema educativo fue utilizado como forma de integración ideológica, factor determinante en la formación de una identidad nacional; que, evidentemente, es reflejo de los valores e intereses de la minoría dominante. La 'historia social' se ha enfrentado en los últimos años con estas representaciones provenientes de la elite: preguntarse hoy por el devenir histórico de los peones, los sindicalistas, las prostitutas, los bandidos y, sin ir más lejos, de las mujeres, los jóvenes y los niños, implica poner en evidencia los vacíos y las fisuras de esa construcción ideológica y hegemónica de la identidad chilena. Ahora bien, ese quiebre con la visión dominante ¿supone un abandono de la 'identidad nacional' como empresa sin sentido? La respuesta posmoderna radical sería, tal vez, afirmativa: la disolución de los metarrelatos y la crisis de los significantes sociales sustentan tesis como aquellas que proponen que la identidad no es, sino, un centramiento 'metafísico' en torno a un elemento determinante no importa cuál sea éste; esto es, que la identidad social, e incluso personal, carece de sentido. Ello conlleva una crisis de la praxis social y política; se rechaza la 'identidad' porque es un concepto homogeneizante e ideológicamente construido, pero se pasa por alto que esto conlleva a abandonar la necesidad de crear una identidad colectiva de base, para un proyecto político y social de envergadura mayor, coherente y comprometido. Es decir, la posmodernidad corre el riesgo de disolverse en la fragmentación y el descentramiento por tratar de denunciar la masa y la multitud alienada. Como respuesta este callejón sin salida aparente, se hace necesario replantear el concepto de nación y su correlato de 'identidad nacional'; entender a la nación como una realidad heterogénea, múltiple y dialógica, horizontal, inteligente y medianamente duradera, con un espacio y una memoria compartidos, es dar un paso hacia el proyecto de una identidad nacional en diálogo constante con su historia y su cultura, abierta y vinculada con otras comunidades. Esto nos lleva a comprender que la 'identidad nacional' puede ser una significación incompleta, pero por eso mismo, capaz de transformar sus fronteras y límites político-culturales a partir de pactos y negociaciones de los distintos grupos que componen la nación. Al decir de un grupo de autoras y autores chilenos y argentinos: "*La búsqueda de lo en-común ya no intenta quedar limitada a un objeto definido y estático; en otras palabras, es una búsqueda que en su propio ejercicio opera transformaciones y desplazamientos conceptuales que afectan el sistema de categorías bajo el cual se suelen situar los términos de 'nación' y 'Estado'*"³. Pero, podríamos preguntarnos ahora, ¿cómo afectó a la identidad nacional y su construcción nuestra historia reciente? Yo he elegido tratar de responder a esta pregunta desde la óptica de dos poetas chilenos que, perteneciendo a generaciones distintas, vivieron ese proceso y resintieron sus efectos.

3. DONDE ENTRAN LOS POETAS Y SU ARSENAL DE IMÁGENES⁴

¿Será necesario justificar por qué opté por José Ángel Cuevas y Pablo Paredes como sujetos-objetos de mi interés expositivo? Si es así, voy a dar, entonces, la justificación menos académica posible: los escogí porque los conozco en persona, al menos superficialmente; en

³ Alejandra Castillo; Eva Muzzopappa; Alicia Salomone; Bernarda Urrejola y Claudia Zapata (eds.), *Nación, estado y cultura en América Latina*, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile, Santiago, 2003, pp. 8-9.

⁴ La frase le pertenece a Pepe Cuevas.

segundo lugar también siento una cercanía emotiva con sus hablantes líricos y con las temáticas que desarrollan; en tercer lugar, porque llevan tiempo trabajando y moviéndose en un círculo cercano al que frecuento, somos casi compañeros aún sin cruzar palabras. Por último, los preferí porque me parece que ponen sobre el tapete preguntas insoslayables para un proyecto nacional del siglo XXI. Acepto que son justificaciones *ad hoc*, pero me reservo el derecho de lector a ejercer un juicio crítico y estético no necesariamente deudor del *establishment* crítico literario en boga. Demás está decir que la poesía no es producto ahistórico, desgajado de su contexto y su entorno más cercano, y que, por esto justamente, puede servir como documento o testimonio de los vaivenes de la identidad nacional; más aún si consideramos los agitados últimos 40 años de la historia chilena.

Partamos, entonces, con los señores escritores. Pepe Cuevas, como le dicen a don José Ángel, pertenece a la llamada generación del 60; aquélla que sufrió la represión post golpe, esa misma generación que pasó de ser llamada ‘emergente’ a ser conocida como generación de la ‘diáspora’ o generación ‘diezmada’⁵. Generación de poetas que tuvo que enfrentarse a la cruda realidad de un proyecto político y social interrumpido deliberadamente; camada de escritores que vivieron en carne propia la fractura colectiva y, por qué no, personal que significó el bombardeo a La Moneda, las desapariciones forzadas, el exilio y la tortura. Pablo Paredes, en cambio, es parte de los poetas recientes que comienzan a ser conocidos a fines de los noventa y comienzos del 2000; forma parte, en consecuencia, del grupo de jóvenes que nació en dictadura, pero la experimentó indirectamente, desde la perspectiva del niño. Pablo Paredes es parte de la generación del a la democracia, del Chile que renace, del país que emerge de las sombras para mostrar su ambivalente rostro de país-en-transición-hacia el desarrollo, hacia la justicia social, hacia la democracia representativa, hacia el consenso y la convivencia pacífica y tolerante, hacia ninguna parte, dirán algunos. Pablo Paredes es parte, además, de ese sector de la juventud que no vio con buenos ojos la transformación del ‘proyecto de país’ en país a secas; generación de jóvenes que creció en la mitología de la protesta y la resistencia, generación que se crió al calor de los relatos de los gestores y actores del movimiento social. Esos mismos jóvenes que quisieron jugar a los 80 en los 90, como el propio Paredes, ex dirigente estudiantil secundario, afirma. Son sujetos, José Ángel y Pablo, distintos, individuos hermosos en su particularidad; pero que comparten, creo, una visión del país como trizadura de lo colectivo. Poetas que viven en y desde el fragmento, desde la cicatriz y la fractura. Sujetos y hablantes que son conscientes de que algo se extravió en el lento camino de la dictadura de Pinochet. A Cuevas, le robaron el proyecto de país; a Paredes, se lo pintaron de otro color; a los dos, no obstante, les quedó el sabor amargo de la identidad nacional herida.

Ambos hablantes viven desde el individuo cercenado del colectivo y se proyectan a lo social desde la conciencia del margen, de la derrota, del peladero y de las calles sin muchedumbres. De hecho, las calles vacías, que antes estaban llenas de gente, son imágenes recurrentes en los poemas de Pepe Cuevas⁶; la muchedumbre, el colectivo, los lugares y espacios públicos, y hasta los ciudadanos mismos han desaparecido; los borraron del mapa, tal y como dismantelaron los trenes y los conciertos de rock:

⁵ Cfr. Teresa Calderón, Lila Calderón, Tomás Harris (comp.), *25 años de poesía chilena (1970-1995)*, FCE, Santiago, 1996, pp. 13-18.

⁶ Todos los poemas citados aquí están en José Ángel Cuevas, *Restaurant Chile: antología*, Libros La Calabaza del Diablo, Santiago, 2005.

Aquí y ahora/levantada la maleza
 Al interior del espacio que uno Es
 Uno que fue chileno
 Ya no es nada
 Un país que el sol calienta algunos meses del año
 Un film
 Un canto fúnebre, dice el ex-poeta.

(Proyecto de país)

Ustedes,
 Los países que no han pasado por una ocupación Militar
 Indefinida no saben nada. Viven como niños
 Oh, se sufre, se sufre, las ciudades empequeñecen sin vida
 Pública. Irremediamente
 ...
 las familias se encierran en sí mismas,
 familias completas huyen por los cerros
 ...
 que amanezca, aclare
 y se levante la restricción sobre personas
 animales y cosas.
 Gente desquiciada
 Que adora el Silencio/ la muerte de las calles vacías.

(Desgraciados países)

Paredes, por su parte, habla desde el límite que es el peladero periférico, esa frontera donde mandaron a morir a los desplazados de la dictadura y donde los se amontonaba a la gente durante los allanamientos. El peladero y el perro quiltro que vagabundea por el erial de comuna pobre; dos imágenes caras a Pablo Paredes, como si ese joven-perro-quiltro y ese niño-perrito-guacho fueran una metáfora de la vida desarticulada del país dividido y mortalmente enfermo a partir del 73⁷:

Tercer mundo mágico, países en miniatura. Yo vivo en una casa
 Vieja que se la están comiendo las termitas que tienen sus nidos
 cinco metros bajo tierra en el Infierno.
 Yo soy ése que corre en el peladero con la democracia,
 Yo soy la multicancha.

(Periferia)

Yo quedé solita, gol de hoyito, yo vengo de allá a donde van a
 Morir las micros, en donde los gatos muertos parecen de papel.
 Pichanga de tierra, pelota de tierra niño de tierra en el consultorio
 Dieron tierra en polvo, la pena de chuparse la herida, comenzar así
 El atrofia, ser la mascota de las buenas familias y hacer la gracia de
 Pensar, de hacer música con la cuchillada del chancho, llorar verde.
 Como los perros, ser constantemente higienizado con una bolsita
 De té, meter mis menudencias en otra bolsita, andar por otros lugares
 Jadeando
 Como si el peladero no se acabase nunca, sólo se poblara y
 Despoblara y poblara.
 Yo quedé bailando con los remolinos.
 Rouge con tierra.

(Peladero)

⁷ Todos los poemas citados aparecen en Pablo Paredes, *El final de la fiesta*, Libros La Calabaza del Diablo, Santiago, 2005. Éste es el segundo libro de poemas de Paredes.

Pensar un país como proyecto colectivo, eso es, según se dijo más arriba, una de las aspiraciones del replanteamiento de la ‘identidad nacional’. Pero, en el caso de nuestros dos poetas las cosas se ponen cuesta arriba, o cuesta abajo, según cómo se mire. Pepe Cuevas está consciente, trágicamente consciente, del descalabro de la UP y su ‘nación imaginada’; de la pérdida de la memoria colectiva y del olvido de la historia: *“Se pierde la historia del Restaurant Chile/ un diario de crímenes/ un encuentro de ancianos/ nadie reescribió ese historial/ esa inmundicia/ los lugares vacíos de los posmos/ se pierde la historia de ese Chile chico.../ Se pierde la historia del ex-Chile/ en el desierto...”*, escribe en su poema “Proyecto de país”. Frente a la soledad y al desamparo, el poeta, el ex-poeta del ex-Chile, se refugia en su Yo, en el íntimo y férreo cerco de la individualidad:

Yo soy el que soy
Un pobre tipo de Chile
...
cuando todo tenía sentido
yo esperaba micro/ subía montes.
...
sólo creo en mí mismo.
Aquí dentro está el universo

Resuenan épocas gritos
Por las calles en silencio.

Sólo creo en mis propios
Zapatos cafés subiendo
La escalera de todos los días.

(Liquidación del Yo)

El todo reducido a la parte, el fragmento como unidad ontológica básica; paradójicamente, el yo desgarrado contiene, en su inanidad, el colectivo. Pero se han perdido los vasos comunicantes que daban sentido a ese ‘nosotros’: *“El ex-poeta se lo había vivido todo/ Tenía un poderoso inconsciente colectivo/ Para él solo. [...]”* (Proyecto de país). Pablo Paredes, más joven, tiene la experiencia de espectador de ese derrumbe: *“Antes de que estuviéramos todos loquitos/ zapatos con piedras/ cuando era el desastre y no la derrota/ y yo podía verme las manos pájaros felices”* (Loquitos); *pero ese espectador era niño y, como tal, no alcanzaba a dimensionar la profundidad de la herida: “...yo nací en 1982,/ en esos años parece que nadie bailaba,/ parece que estuve ocho años solo/ moviendo la patita...”* (Gracias por bailar conmigo) *“... y en septiembre los cadenzos, las velatones como si se hubiese muerto alguien gigante, velitas dibujando la berma..., no entendíamos nada en medio del peladero de enfrente, no entendíamos nada así que nos besábamos todos contra todos como si tuviésemos que besar al muerto gigante...”* (I have a dream). La decepción, que Pepe Cuevas traduce en amargos reproches: *“Viejo: tú nunca volverás a ser feliz./... Nadie nacionalizará ya ninguna cosa/ no pienses en un centímetro de tierra/ alguna canción para ti, nada./ Olvidate./ Tú no estás considerado en esta vuelta./ Viejo’e mierda”* (De los ancianos que aprietan su puño y lo levantan cuando cantan), se vuelve perplejidad en Paredes: *“...y de pronto los megáfonos, las banderitas del No, la alegría que venía a abrir los grifos para que tuviésemos un mejor verano, los megáfonos gritando: I have a dream, I have a big dream, happy children in the street y después una sirena horrorosa como policías que cuidan a los malos, a los que ganaron, pero perdieron”* (I have a dream).

Poco a poco se va perfilando en estos poemas un hablante desgarrado, de identidad perdida, un Yo reducido a mínima expresión, un Yo pauperizado, *“Yo /es nadie –escribe*

Cuevas—/ podría sucumbir aquí mismo”; Paredes opta por el diminutivo, casi abusa de él: cuerpecito, huesitos, perrito, solito, pobrecitas, son algunos de los múltiples términos que reflejan ese acurrucarse del Yo sobre sí mismo, gesto protector de niño golpeado por el país de ahora. Gestos que se repiten en la obsesión de Pablo Paredes por la cicatrices, las marcas indelebles del trauma, incluso del trauma mayor de haber nacido; el cuerpo como texto donde se inscribe la historia de un país excluyente, el texto como cuerpo que muestra sus cicatrices, el mapa como cuerpo: “...*gracias por bailar conmigo/ que tengo el cuerpo horrible,/ como un mapa físico de Chile*”, dice un poema de Pablo. País horrible, país trauma, cuerpo con cicatrices, país de fantasmas, de cuerpos muertos, de identidad rota; dice el ex-poeta Cuevas:

La identidad se ha resquebrajado...
 La posmodernidad se dio a fabricar edificios idiotas.
 Okey. Nadie me saluda en la Alameda.
 No conozco a ninguno
 ...
 Está bien. Soy un pobre infeliz
 De la época de la Reconversión Capitalista
 ...Voy a Independencia/ allí han demolido
 casi todas las casas y levantan una basura
 de edificios de plástico negro
 feos como el demonio.
 Mi casa fue demolida también.
 Y veo Elevarse una Torre gris.
 Por la que sólo siento Odio.
 Sólo Odio.

(Poema 8, inédito)

En el caso de Pablo Paredes, incluso desde la concreción gráfica de su proyecto poético, fruto de una idea original suya⁸, percibimos la presencia del desgarramiento. El segundo libro de Paredes se titula *El final de la fiesta*, su tapa muestra una cabeza de muñeca, cuerpo mutilado, con los ojos vendados y debajo de ella una escarapela tricolor: ¿símbolo de la patria ciega y desarticulada? Debajo de todo esto, como telón de fondo, trozos de, lo que parecen ser, cristales de un calidoscopio: ¿más fragmentos dispersos? Fin de la fiesta, rudo despertar a la realidad del que se quedó afuera de la celebración; y siempre la misma pregunta, la misma queja, el mismo cuerpo moreteado, apaleado, enterrado con los ojos vendados, desaparecido, marginado, dejado de lado, borrado y silenciado. A su vez, en la poesía de Pepe Cuevas encontramos un texto, hermoso en su desgarradora crudeza, que habla de los excluidos de Chile, de los alcohólicos que se quedan a la vera del camino; ellos son otro miembro mutilado del cuerpo-Chile, esos trozos rebeldes, esas evidencias que todos los días nos recuerdan que debajo de la homogénea ‘identidad chilena’ bulle un mundo de seres no integrados, imágenes del imposible cierre del círculo perfecto de la nación:

Los alcohólicos de Chile lloran
 Llevan su pedazo de locura pegada al pellejo
 Vencidos parcialmente por la vida
 Por la muerte.
 ...
 Los que Aquí cayeron.
 La Otra sangre derramada.
 Sentados a orillas del camino de la vida
 Y sin saber nada.

⁸ Pablo Paredes es, además de poeta, Licenciado en Comunicación Publicitaria.

Movieron los ojos a las nieves eternas.
 Honor y gloria a los alcohólicos de Chile.
 ¿Quién los mató?
 ¿Quién los vengará?

(Los alcohólicos de Chile)

¿Quién los integrará al país? Esa podría ser la otra pregunta, la pregunta ausente, que marcando su no-lugar abre el espacio para discutir el proyecto de país: ¿cuándo van dejar de caminar por los bordes esos sujetos disminuidos, esos cuerpecitos tullidos? ¿Cómo vamos a lograr construir un imaginario común sin excluir, sin marginar? ¿Cómo vamos a evitar el desplazamiento forzoso de los que no se subieron, a veces voluntariamente, al carro del Chile actual?⁹

4. DONDE ESCUCHAMOS LA VOZ DE AMÉRICA E INTENTAMOS UNA SALIDA POR LA IZQUIERDA

Cabe preguntarse si es que es viable plantear la posibilidad de una ‘identidad nacional no hegemónica’. Es decir, todo este replanteamiento sobre la identidad, ¿no será otra forma de caer en la misma trampa ideológica y discursiva que nos tiende la elite desde hace casi dos siglos? Sí, puede ser; pero es necesario correr ese riesgo como apuesta política. Y para eso, debemos asumir la fractura que significó la dictadura; integrar en la estructura simbólica de la sociedad ese descalabro y, a partir de allí, proyectarnos. El propio Pepe Cuevas lo dice: “*Sé que soy un poeta escéptico, que mis hablantes son seres erráticos, chilenos golpeados, zarandeados y muertos. No es mi culpa, por el momento*”¹⁰ Y Paredes lo confirma: “*Nos hicimos colillas después de la fumada./ despertamos en un rinconcito/ al final de la fiesta./ Y vimos a los príncipes azules casarse/ con las princesas azules./ Y nos quedamos botados con nuestra sangre roja/ a borbotones/ por los nuevos parques/ por las nuevas urbanizaciones/ por todo el rededor del cordón Av. Américo Vespucio*” (Los desnutridos). Y, sin embargo, hay una diferencia; Cuevas viene de la decepción de un sueño frustrado que se volvió pesadilla, pero, quizás por lo mismo, mantiene la esperanza. Pablo Paredes, en cambio, viene de la decepción de algo que nunca terminó de tomar forma, de la decepción de ‘intuir el fracaso’; pero, ¿fracaso de qué? En este sentido, Pepe Cuevas mantiene aún viva en la memoria, como un ‘arsenal de imágenes’, las utopías que pueden, y deben ser, colectivas: “*Mi mundo está formado por ciertos no-lugares, como sueños de casas desteñidas y calles sepia, pero también edificios enfermos y a la deriva en el mar. Otra ciudad DONDE VERDADERAMENTE SOY. Una ciudad llena de muchedumbre que vocifera dentro de la batahola, o duerme*”. En cambio, el hablante de Pablo Paredes percibe en el anquilosamiento del cuerpo social, esa rigidez cadavérica que le impide al país salir de su postración; y frente a esto, se refugia en la intimidad del yo, en los hechos que valen en tanto marcas de la microhistoria individual: “*Porque a este movimiento social se le trunca la cadera social, se desarma y parece armazón tembloroso, pero no bailarín. Porque este movimiento que sembraron los quedados en la patria y cosecharon los idos y vueltos de la patria, es un movimiento triste, pero no bailarín. [...] Nací un primero de febrero del 82, ese día estuvo quieto, sólo se contorsionó la vagina materna, ése sí que fue un terrible movimiento social, ese sí fue bailarín*”. Mientras el hablante de Cuevas apela, esperanzado, a la participación del colectivo social en la integración:

⁹ También, en este sentido, sería conveniente releer el poema titulado *La gran marcha*.

¹⁰ *El conocimiento de sí mismo*, en Teresa Calderón et al., op cit., p. 38.

Okey, voy a escribir un sueño ahora:

...
 Se lucha por detener el marchitamiento de la sociedad
 Por imponer otra música
 Por unir barrios...
 Gracias.

(Epílogo)

El de Paredes percibe o intuye, en cambio, el alejamiento inevitable y la, posible, marginación definitiva:

Parece que hay que irse
 Que ya están pasando las micros nuevas
 Los trenes nuevos
 Los autos nuevos,
 Parece que era sin desayuno,
 Parece que de nada sirve la leche ahora,
 Parece que ya nos quedamos chicos.

(Los desnutridos)

Frente a esto, debemos entender que cualquier intento de salvar, o proponer, un proyecto de identidad nacional pasa, necesariamente, por una reforma de la comprensión y concreción de la 'identidad nacional' chilena y, en general latinoamericana. La creación de un espacio sociosimbólico, la llamada 'nación imaginada', que integre sin exclusión a los sujetos es una aspiración legítima, pero debe ser vivida como proyecto conciente y responsablemente asumido; tal vez así, pueda salvarse el escollo posmoderno de la crisis de identidad. O sea, debemos entender la 'fragmentación' y el 'descentramiento' del cuerpo social como síntomas de la crisis de una nación que pretenda su identidad como un concepto monolítico, y no, al modo fatalista, como el certificado de defunción de la 'identidad nacional'; y vamos a entender el 'síntoma' como la evidencia de un 'imposible social', o sea, como la huella de un hecho traumático, que no puede ser incorporado en la trama simbólica de una nación. El trauma consiste, justamente, en el intento, nunca bien logrado, de imponer una identidad nacional construida hegemónicamente y en base a la exclusión. Volvamos, por un momento, al sujeto lacaniano y su 'dimensión imaginaria'; se supone que la enajenación producida por la identificación del sujeto con la, así llamada, 'totalidad ortopédica', nunca queda del todo soterrada y vuelve recurrentemente en el sueño y en las imágenes y fantasías de 'desmembramiento' y del 'cuerpo fragmentado'. De forma simétricamente opuesta, el yo se simboliza oníricamente como un espacio cerrado y/o fortificado; Lacan habló de 'cuadratura inagotable' para referirse al proceso dialéctico de afirmación del yo, cuya base es la tensión entre la transformación profunda que se produce al identificarse con la rígida imagen-armadura y la evidencia inconsciente de que tal coherencia no está firmemente asentada; escuchemos:

Porque a este movimiento social se le trunca la cadera social, se desarma y parece un armazón tembloroso, pero no bailarín.

(Bailarín)

El fracaso escritural de la nación larga y flaquita con gusanos en la guata, los desprendimientos de tierra que ensuciaron todo lo Peñalolen que podíamos haber sido, ese mal pololeo con las instituciones, la Democracia, guachita griega tosiendo polvo, echándonos un mal polvo a cada uno de los sujetos de fragilidad marcada como en una caja.

(La nación larga y flaquita)

Traje una nave arrastrando por los orines,
 Éste es mi último juguete y se llama como tú
 Éste es un pedazo de mí, de nosotros,
 Porque olvidé el coito como el primer anélido,

...

Fui una nave arrastrándome por los orines,
 Llegué mutilado,
 Nací en un año malo,
 Tiraron flores en mi cuna coja,
 Heredé
 Un babero de camisa amaranto,
 Heredé una pena
 Que me hundió los testículos hasta el cóccix.

(El discurso en el casset)

Las imágenes de Pablo Paredes podrían repetirse hasta la saciedad. Pero pensemos ahora, por contraste, en las afirmaciones de un señor nacionalista, que hablando para un diario popular, entendía a Chile ‘no como país latinoamericano, sino como país inserto en Latinoamérica’; la frase puede parecer, al menos, chistosa. Sin embargo qué mejor imagen de esa simbolización del yo amenazado por la disolución; disolución que, claro está, siempre terminada proyectada al exterior. Más allá del aislamiento físico de Chile, que ya no es tal, entendernos como país ‘inserto en Latinoamérica’ no es más que la exageración delirante de la supuesta particularidad de Chile, que tendría su base en la homogeneidad y estabilidad sociopolítica y cultural de la nación: si Latinoamérica es, según la imagen tan repetida, desorden, mixtura y revoluciones; entonces, Chile bien podría aparecer como el bicho raro del continente (para no recurrir a imágenes más peyorativas con respecto a nuestros vecinos, como las de ‘la buena casa en un mal barrio’); eso a propósito de conceptualizar y vivir la diferencia y la diversidad como debilidad, idea cara a nuestras élites ilustradas que se tradujo en un centralismo homogeneizador y subordinante.

Volvamos con la señora del paseo Huérfanos, propongo que la entendamos como ese sujeto que despierta de la pesadilla del ‘cuerpo fragmentado’ y se encuentra en la extrañeza y el desasosiego que provoca haber saboreado ese ‘pequeño trozo de muerte’, como dijo un escritor. La señora del banco, precisamente, está constatando la fisura en el entramado de la ‘identidad nacional’ hegemónica; su ‘antes no era así’, nos trae a presencia el fracaso del proyecto simbólico totalitario, nacionalista, militarista y conservador, que es propio de la historia de Chile, y que fue exacerbado por la dictadura y su imaginario. Fracaso que, paradójicamente, podemos entender fue producido, en parte al menos, por la sistemática pauperización del Estado, y todo el sistema de referentes materiales y simbólicos ligados a éste, llevada a cabo por las cabezas pensantes de la dictadura militar¹¹; habla el ex-poeta, prestemos atención:

La depresión se lo ha devorado todo
 No hay anarquistas con sombrero de pita ya
 Ni marxistas de barba larga
 Centrados en sí mismos y su estilo
 Las formas se han desfigurado
 En el panorama de la post
 Sólo los adolescentes hacen su numerito
 Y las mujeres que hablan como camioneras

¹¹ Es necesario recordar que, tradicionalmente, era el estado el ente regulador del cual emanaban las directrices identitarias de Chile, por ejemplo a través del sistema educativo.

Y escupen
 La depresión se lo ha devorado todo.
 La psiquis recibe mucho/ pero mucho latigazo
 La existencia
 Y los modos de existencia.
 Estos barrios transnacionales.
 Un inmenso trozo de Vida
 Dimos por terminado.
 Perdida la autoestima
 Tenemos continuos insomnios
 Síntomas de ansiedad
 Falta de memoria
 Hasta ideas suicidas.
 Pero vamos a salir adelante, sí, sí.
 Sólo falta que todo se pudra más
 Y más
 Y más.

(Poema 77)

¿Por qué destruyeron Ferrocarriles del Estado
 Si la Electricidad Nacional los alimentaba
 Y corrían por sus líneas 20 vagones llenos como estrellas
 En la noche?

...

No tuvieron presupuesto...

...

ERA CHILE EL QUE PASABA POR SUS VENTANAS ABIERTAS.

Y ya no pasa.

(La destrucción de Ferrocarriles del Estado plantas y materiales)¹²

Pero, además, la señora que ya no se ‘siente’ como antes, denuncia también la carencia de un proyecto identitario propio, claro y eficaz de parte de la concertación. Hace poco, dos años a lo más, un sociólogo de las altas esferas de la izquierda renovada se quejaba de los intelectuales chilenos progresistas, según él, esas personas debieran dedicarse a la construcción de una mitología política y de un imaginario de la transición más que a despotricar contra el modelo neoliberal. De lo contrario, decía el señor en cuestión, se corría el riesgo de no poder plantear y concretar un ‘proyecto país’ propio de la concertación: ¿cuáles serían esos imaginarios sobre la nación que debieran construir los intelectuales de izquierdas? Ésa es quizás una pregunta que debiéramos plantearnos, sobre todo pensando en esa señora perdida en el mar de ‘raros peinados nuevos’, para volver con los ecos de canciones. En fin, entendamos a la señora como una metáfora de este país, ese que anda ‘extrañado’ y con los ojos aún pesados del sueño mal dormido de 17 años, y un resto más. País que, sobre todo, tiene una tarea pendiente que no se le escapa al ex-poeta Cuevas:

“Alguna vez quise meter un País entero dentro del poema. Ahora me conformo con dejarle caer algunos peñascos, sillas rotas, una que otra ventana [...] Ahora que volvemos a empezar, hay que refundar nuevas ciudades, lugares, pueblos interiores. Limpiar calles, sacar grasa, huesos secos, raspar, enderezarse la espalda, borrar arrugas... la poesía trabaja...”¹³.

¹² Sería largo de copiar, pero es imprescindible leer también el poema *Desgraciados países*, al cual hicimos referencia en fragmentos más arriba.

¹³ El conocimiento de sí mismo, ob. cit.

BIBLIOGRAFÍA

- Calderón, T.; Calderón, L. y Harris, T.** (1996): *Veinticinco años de poesía chilena (1970-1995)*. Santiago, FCE.
- Castillo, A.; Muzzopappa, E.; Salomone, A.; Urrejola, B. y Zapata, C.** eds. (2003): *Nación, estado y cultura en América Latina*. Santiago, Ediciones Facultad de Filosofía y Humanidades Universidad de Chile.
- Cuevas, José Á.** (2005): *Restaurant Chile: antología*. Santiago, Libros La Calabaza del Diablo.
- Paredes, Pablo** (2005): *El final de la fiesta*. Santiago, Libros La Calabaza del Diablo.
- Zizek, Slavoj** (2004): *Ideología: Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires, FCE.